

TEOLOGÍA DE LA CRUZ

Hermann Sasse

1. “¿Qué es lo que debo predicar?” “Predique sólo una cosa: la sabiduría de la cruz” (Lutero, LW 51:14). Es la manera en que Lutero contesta esta pregunta vital. La sabiduría de la cruz, la palabra de la cruz (1Co 1:18), la que el mundo llama “tontería”, es el verdadero contenido de la prédica cristiana, es el evangelio mismo. Así habla Lutero, y la iglesia luterana habla junto con él.

Muchos cristianos piensan que esto sólo representa un lado de la cuestión. La cruz es sólo una parte del mensaje cristiano, junto con otros temas... Lutero tuvo mucho que decir sobre la *theologia crucis*. La “teología de la cruz” no significa que el teólogo reduce todo el año eclesiástico para que sea un Viernes Santo. Más bien, quiere decir que la Navidad, la Pascua de la Resurrección y Pentecostés no se pueden entender sin el Viernes Santo. Después de Ireneo y Atanasio, Lutero es el más grande de los teólogos de la encarnación. Podemos llamarlo así porque en el trasfondo del pesebre vio la cruz. Su entendimiento de la victoria pascual estaba al mismo nivel que el de cualquier teólogo de la iglesia oriental. Entendía la Pascua porque entendía la victoria del crucificado. Se puede decir lo mismo con respecto a su entendimiento del Espíritu Santo.

Todo se entiende en base a la cruz, porque oculta en la cruz está la esencia más profunda de la revelación de Dios. Debido a esto, la *theologia crucis* (teología de la cruz) de Lutero quiere ser más que una de las muchas teorías teológicas que han aparecido en la historia cristiana. Esta teología se opone a la *theologia gloriae* (teología de la gloria).

2. En la iglesia antigua, los padres citaban Isaías 53 con bastante frecuencia. Ya en el siglo dos se hacía la señal de la cruz. Pero, parecía que la teología no sabía qué hacer con la muerte de Jesús en la cruz.

Cuando se preguntaba, “¿Por qué Dios se hizo hombre?” (*Cur Deus homo*) se estaba preguntando sobre la encarnación y no sobre la razón de la muerte de Jesús. La doctrina de la cruz no era considerada como doctrina en sí, sino que era incluida en la doctrina de la encarnación.

¿Cómo se puede explicar esta limitación de la cristiandad antigua? Una parte de la explicación es que las Escrituras contienen una riqueza inmensa de la revelación divina. Los siglos no las pueden sondear por completo.

3. Si reflexionamos sobre las antiguas expresiones de la teología de la cruz, vemos que son ejemplos típicos de lo que posteriormente Lutero llamaría una teología de gloria. **La cruz es una revelación directa de la gloria de Dios en el mundo.** Triunfantemente guía a los ejércitos victoriosos del emperador cristiano y a las multitudes de la iglesia triunfante que ya están listos para la batalla. Como sucedió una vez que los demonios huyeron ante la señal de la cruz, así también ahora los enemigos de Cristo caerán al suelo frente a los estandartes del emperador, los que llevan la señal de la cruz. ¿Quién puede resistir esta señal? Con la señal de la cruz, la victoria siempre es suya, pues en ella el poder de Dios llega a ser visible.

4. Algo profundo sucede más tarde en la vida interior del cristianismo cuando, por primera vez, las iglesias y los monasterios de Europa entienden el *sufrimiento de la cruz*. Este cambio se hace visible cuando en las representaciones del crucificado, ya no se ve que el vencedor está parado al pie del árbol de la cruz, sino que allí está colgado en la cruz, agonizando y moribundo...

Con este descubrimiento del sufrimiento y la muerte de Cristo, surgió una nueva comprensión de la gravedad del pecado y del perdón...

“¿Cómo puedo llegar a tener un Dios clemente?” Esta pregunta sirvió de motivación para la iglesia latina durante mil años antes de llegar a ser la pregunta de la Reforma...

La gran obra de la teología de la cruz de la Edad Media, es la pregunta del piadoso Anselmo, *Cur Deus homo?* (¿Por qué Dios se hizo hombre?) La obra es pequeña, pura y fue escrita con la sencillez de un niño, pero es indeciblemente profunda. Se puede decir y se debe decir mucho contra su teoría, contra el esfuerzo de mostrar que la maravilla de maravillas es razonable, contra el esfuerzo de intentar entender cómo Dios tuvo que actuar y cuánto le costó el perdón. Lo que no se puede negar es que aquí, por primera vez, la satisfacción vicaria de Cristo (*satisfaccio vicaria*) se estableció con pensamiento profundo y penetración teológica. Había muchos que aún en ese tiempo se opusieron a la teoría, como muchos lo hacen hoy. Pero la iglesia siempre ha pasado por alto esta protesta y ha seguido con su trabajo.

Es notable que la doctrina que afirma que la muerte de Cristo hace satisfacción por los pecados de toda la humanidad, es la única doctrina de la Edad Media que goza de aceptación general. Se disputan hasta hoy las doctrinas medievales del pecado y de la gracia. La doctrina de la transustanciación quedó limitada a la iglesia católico-romana. Todas las doctrinas del siglo 16 quedan limitadas a ciertas partes de la cristiandad. Pero, no es así con la satisfacción vicaria.

5. ¿Qué es lo que Lutero contribuyó a la teología de la cruz? Tal vez nos inclinamos a pensar en la fuerza de la fe con la que el joven Reformador se apropió de todo el consuelo de la obra expiatoria de Cristo. Pero, no debemos olvidarnos de que también durante la edad media existía la fe en los méritos de Cristo y el consuelo de la fe de esta clase.

Tomás de Aquino, sin haber llegado a los 50 años de edad, murió en camino al Concilio de Lyon. Al recibir la Santa Cena por la última vez, dijo, “Te recibo a ti, el precio del rescate de mi alma. Por amor a ti he estudiado y me he agotado. Te he predicado y enseñado”. De esta manera el más grande de los pensadores de la Edad Media se despidió de la obra incompleta a la que había dedicado su vida. Dejó de pensar en la riqueza de su conocimiento filosófico y teológico. Su sistema que incluye el cielo y la tierra, el mundo y el sobre-mundo, ya se ha reducido a “lo único que es necesario.” Ahora, como Pablo, no sabe nada, sino sólo “a Jesucristo y a éste crucificado” (1Co 2:2). Acaba de recibir su cuerpo y sangre por última vez sobre la tierra, el precio que fue pagado para redimir su alma. Este Cristo es el contenido de toda teología. Ya deja en el olvido la gloria de las pruebas medio-paganas de la existencia de Dios que se encuentran al principio de la *Summa theologiae*. Ya queda en el olvido la creencia en las capacidades del hombre natural. Queda en el olvido el “triunfo de la teología” que Tomás celebró al derrotar al averroísmo [tendencia filosófica de fines de la Edad Media] que había llegado a ser un tema del arte de esta época.

...

Pero es claro que Lutero es más que un católico romano que, como muchos de sus hermanos en la fe, pero tal vez con mayor fuerza, creyó en el crucificado como su única salvación. Su teología de la cruz es distinta de la de los cristianos piadosos de la Edad Media. ¿En qué consiste la diferencia? La diferencia se hace evidente cuando Lutero distingue entre la teología de gloria y la teología de la cruz. Cuando Lutero estaba pasando por las experiencias profundas en su lucha para encontrar a un Dios clemente,

aprendió a entender lo que la cruz de Cristo significa para nosotros, los seres humanos. Mejor que nadie que había vivido antes de él, Lutero llegó a entender la naturaleza profunda de la revelación de la cruz. De lo que sabemos, él se dio cuenta de algo en la cruz de lo que nadie, desde los días de los apóstoles, se había dado cuenta. No sólo vio la profundidad de la ira de Dios y la magnitud de su amor, sino que también, con un entendimiento de las dos cosas, sondeó el profundo secreto de la manera en que Dios llega a nosotros los seres humanos, el secreto de cómo Dios trata con el hombre, el misterio de la revelación misma.

6. ¿Cuál es el secreto de la manera en que Dios se revela a sí mismo? Queremos ver a Dios y no podemos. Ni siquiera los grandes santos de Dios pueden hacerlo. “Te ruego que me muestres tu gloria”, es lo que Moisés le pide a Dios (Éx 33:18). La respuesta que oye es: “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (vs 20). Pero hay una cosa que Dios le concederá a su siervo. La gloria de Dios pasará ante él, y entonces puede mirar. “Verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” (vs 23). Sabemos la manera en que Lutero usó este pasaje para aclarar cómo Dios puede dejarse conocer. No podemos ver la cara de Dios, es decir su gloria, no importa cuánto queramos verla ni cuánto nos esforcemos en verla.

La teología de la gloria es el esfuerzo de conocer a Dios tal como es, ya sea por medio de la contemplación del mundo, por la experiencia mística o por la conjetura filosófica. Ésta es la teología del hombre natural, de los paganos y del turco, de los filósofos y, es triste decirlo, de los profesores de teología. Como cristianos deberían estar mejor ubicados. Pero “nosotros los teólogos”, como dijo Lutero en un nota (*scholium*) sobre el Salmo 66:17, “decimos la palabra «Dios» como si el santo nombre de Dios fuera algo corriente”. Usamos el nombre en que fuimos bautizados y ante el que tiemblan el cielo y la tierra, “con tanta falta de reverencia, especialmente cuando discutimos e incluso cuando oramos... Pensamos que la misma verbosidad y la audacia deben usarse en los asuntos divinos”. Hablamos de la Santísima Trinidad “de la misma manera en que el zapatero habla del cuero” (WA 3,382; LW 10:322). Dios llega a ser un tema de discusión, algo del que hablamos. Pero el que habla de algún tema, está por encima de él y debe “dominar su tema”. Entonces, toda teología, como Lutero captó correctamente, siempre corre el peligro de perder la relación correcta con Dios. “El que quiere filosofar y usar a Aristóteles sin poner en peligro el alma, primero tiene que hacerse un necio en Cristo (*necesse est, ut ante bene stultificetur en Christ* – WA 1,355; LW 31:41). De otra manera llegará a ser un teólogo de la gloria, y tal teólogo no es ningún teólogo verdadero.

Estas dos teologías que Lutero distingue, la teología de gloria y la teología de la cruz, no son dos etapas de una y la misma teología. No se amplían el uno al otro como es el caso del conocimiento natural y revelado de Dios (en los sistemas católicos y protestantes, contruidos por los dogmaticos bajo la influencia de Aristóteles). Más bien, se excluyen mutuamente como la teología falsa y la verdadera.

“No es digno de llamarse teólogo el que percibe las cosas invisibles de Dios como si fueran inteligibles por medio de lo que ha creado (Ro 1:20). Más bien, es digno de llamarse teólogo el que percibe lo visible de Dios, su espalda [Éx 33:23], como algo inteligible por medio del sufrimiento y la cruz.” Éstas son las famosas tesis 19 y 20 de la Disputación de Heidelberg. Lo visible de Dios como “su poder, su sabiduría, su justicia, su generosidad, etc., Como se aclara en la explicación de la tesis 19, Lutero no niega que se puede ver todo esto en las obras de su creación. Por otro lado, sí niega que este conocimiento sea útil. No hace “ni digno ni sabio” a nadie. No cambia nuestra relación con Dios. La explicación de la tesis 20 desarrolla el concepto de que los hombres han usado mal el conocimiento de Dios que han obtenido en base a lo que él ha creado. Entonces, de esta manera han llegado a ser necios. El conocimiento de Dios que uno tiene en base a sus obras nunca ha prevenido que nadie se aparte de Dios y llegue a ser un idólatra. Entonces, es por medio de la necedad de lo que se predica, esta prédica es la palabra de la cruz (1Co 1:18ss).

Mientras que se dice que la teología de la gloria entiende y ve lo invisible de Dios por medio de las obras de la creación, se dice que la teología de la cruz ve y entiende lo visible y la espalda de Dios por medio del sufrimiento y la cruz. El teólogo de gloria medita en lo del mundo, en las obras de la creación. Detrás de estas obras él percibe lo invisible de Dios: su poder, sabiduría y generosidad. Pero Dios permanece invisible para él. El teólogo de la cruz se fija en el crucificado. Allí no hay nada grande ni hermoso ni exaltado como lo son las obras espléndidas de la creación. Aquí se ve la humillación, la vergüenza, la debilidad, el sufrimiento y una muerte de gran agonía. Pero esta vista tan terrible y deprimente demuestra la parte visible – la espalda de Dios (*visibilia et posteriora Dei*). Él permanece invisible en lo que ha hecho. Aquí en la cruz (*per pasiones et crucem*) llega a ser visible, es decir, tan visible que Dios puede llegar a ser visible al hombre, a la manera en que se hizo visible en la presencia de Moisés cuando Dios permitió que lo mirara después que había pasado. Lo visible de Dios es la espalda de Dios.

De esta manera se establece el significado único de la cruz. En la creación no vemos a Dios. Pero sí lo vemos en la cruz, es decir, vemos lo que es posible que el hombre vea de Dios. Entonces, la cruz es la revelación de Dios, y únicamente la teología de la cruz es digna de llamarse teología.

En la explicación de la tesis 20 de la Disputación de Heidelberg, Lutero dice: “En Juan 14:8... Felipe dijo de acuerdo con la teología de gloria: «Muéstranos al Padre». De inmediato Cristo puso de lado esta idea de poder ver a Dios en otro lugar y llevó a Felipe hacia sí, y dijo, «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre» [Jn 14:9]. Por esta razón, la verdadera teología y el reconocimiento de Dios se encuentran en el Cristo crucificado (WA 1,362 – LW 31:53). Este último pensamiento se repite en la explicación de la tesis siguiente: “Dios se puede encontrar sólo en el sufrimiento y en la cruz” (ibid). Aquí tenemos una afirmación fundamental de la teología de Lutero y la de la iglesia luterana. La teología es la teología de la cruz, nada menos. Una teología que pretende ser otra es una teología falsa.

7. La cruz es la revelación. Es el único lugar en el que Dios se hace visible. Entonces, ¿qué queremos decir con esto? ¿Qué es lo que Lutero quiere decir cuando dice que no podemos encontrar a Dios en ningún otro lugar, sino en el crucificado?

Para entender esto, hagamos la pregunta, “¿Qué es la revelación?” Podríamos decir que la revelación tiene lugar cuando algo que está oculto sale de ese estado. La revelación de Dios tendría lugar cuando Dios sale de su estado de estar escondido. Porque Dios está escondido, como lo es todo el contenido de la fe, “lo que no se ve” de Heb 11:1, un pasaje que Lutero cita numerosas veces. Dios queda escondido en cuanto a nosotros mientras vivamos en la tierra. Su Palabra nos dice que él “habita en luz inaccesible” (1Ti 6:16). También dijo que “él habitaría en la oscuridad” (1R 8:12), que él es un Dios que se encubre a sí mismo (Is 45:15), que nadie puede ver su rostro (Éx 33:20; Jn 1:18; 1Jn 4:12). Sólo al estar en la luz de la gloria “lo veremos tal como él es” (1Jn 3:2), “cara a cara” (1Co 13:12; Ap 22:4).

Pero aunque Dios esté escondido de nuestros ojos, se revela a sí mismo por medio de su Palabra. Nos habla a los seres humanos y nosotros podemos escuchar su Palabra. Entonces, en este mundo, la manera en que Dios se revela a sí mismo es por medio de su Palabra.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, (es) el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Heb 1:1-3). Él es la Palabra eterna que desde el principio es contenido de cada proclamación y palabra escrita de Dios. En cuanto a él, se dice: “El verbo se hizo carne... y hemos visto su gloria” (Jn 1:14). Entonces, la revelación en la Palabra llega a ser la encarnación. Jesucristo, la Palabra (Logos) que se hizo carne, es la revelación de Dios en este mundo.

Sólo en él, la Palabra eterna, es que Dios sale de su estado de estar oculto. Él es el contenido de toda la Palabra divina; su encarnación hace que la Palabra sea visible. El hombre Jesucristo es la Palabra visible. El que lo vea, ve a Dios en la medida en que Dios se puede ver en este mundo.

Ahora bien, desde este punto de vista podemos entender lo que Lutero confiesa acerca de la cruz. Si Dios se revela a sí mismo, para hacerse visible no puede manifestarse “como es”. No puede hacer ver su gloria descubierta. Ningún ser humano podría tener la vista del Dios descubierto (*Deus nudus*). Él escoge la cobertura de la naturaleza humana. Entonces, la encarnación es tanto una *revelación* de Dios como un *cubrir* de su gloria. El Dios escondido (*Deus absconditus*), el Dios que, en cuanto a nosotros se refiere, es el Dios eterno e invisible, llega a ser el Dios revelado (*Deus revelatus*) en Jesucristo. Esta revelación, este develar (porque esto es lo que significa revelación), es al mismo tiempo un velar.

Por esto, podemos ver cómo es posible que Lutero hable de dos maneras en las que Dios se oculta: Dios está oculto en cuanto a que no se ha revelado a sí mismo, y Dios está oculto cuando se revela en Cristo. Cuando Dios se hizo hombre, se estaba revelando a sí mismo y al mismo tiempo se estaba velando a sí mismo. Era “la fuente eterna de bondad vestido en carne y sangre mortal”.

Dios no se encubrió ni se escondió más profundamente que en la Pasión. Getsemaní y el grito del abandonado destruyen cada esfuerzo de torcer el evangelio para que sea una epifanía triunfal de algún dios salvador semejante al dios de las religiones de misterio o en una epopeya heroica. ¡Cuán frecuentemente es que la teología de gloria ha tratado de controlar el evangelio! Debido en parte a esto, se han malinterpretado los milagros. Es cierto que Jesús “manifestó su gloria” en ellos, como se nos dice en el relato de la boda en Caná. Pero se dice explícitamente: “Sus discípulos creyeron en él”. Los invitados a la boda no creyeron en él, tampoco los cinco mil a los que alimentó, ni los enfermos a los que sanó, ni aquellos a los que resucitó en entre los muertos. Estas obras eran al mismo tiempo un revelar y un encubrir de su majestad divina; sólo por medio de la fe resultó que los discípulos vieron su gloria. Su resurrección tampoco sirvió de una manifestación para el mundo. La tumba vacía no convenció a nadie que no creía en él. Siempre se podía encontrar una manera de explicarla de otra manera, como se podía con todos sus milagros de curación (Mt 27:64; Lc 11:28).

La fe siempre trata de lo que está oculto. Es verdad también con respecto a la fe de los apóstoles y la de la iglesia apostólica que confiesa que Jesús es Señor. Ésta fue una fe en su gloria oculta, en el Dios velado en la carne, en el verdadero Dios que se encontraba en la forma de la humanidad verdadera. Pero, no hay ningún otro lugar en que este estar oculto sea más profundo que en la cruz. *Cruce tectum* (“escondido bajo la cruz”) es la fórmula que Lutero usaba para describir este hecho. Antes de su resurrección y exaltación, la divina majestad de Cristo se encuentra escondida bajo la cruz. Su reino está oculto bajo la cruz, “sea revelado u oculto bajo la cruz” (Apología VII y VIII.18). Así también es la iglesia. “La iglesia está escondida, los santos permanecen desconocidos” (WA 18,652 – LW 33:62). La cruz y la fe van ligadas. La teología de la cruz siempre es una teología de la fe. La cruz exige una fe *que es contraria a lo que nuestros ojos ven*.

Si la cruz es el lugar en el que Dios se revela a sí mismo por medio de un ocultarse, entonces, es también el lugar en el que la revelación de Dios es más repugnante a nuestra razón. Como Pablo ya vio, de acuerdo con todo lo que el mundo llama sabiduría, la palabra de la cruz es la tontería más grande, la doctrina más ridícula que un filósofo puede confrontar. Que la muerte de un hombre sea la salvación de todos, que esta muerte de Gólgota sea el sacrificio de expiación por los pecados de todo el mundo, que el sufrimiento de un inocente quite del hombre la ira de Dios –todas estas afirmaciones contradicen diametralmente todas las ideas éticas y religiosas que el hombre tiene por naturaleza. La doctrina del estado universal de pecado del hombre es una presuposición de la salvación por medio de la cruz. Pero ya en esta presuposición, el mundo ve algo de lo que ni siquiera se puede hablar, porque hablar de ello significaría el final de la ética filosófica.

Ahora, las Sagradas Escrituras declaran que esta prédica “necia” (“una locura”) de la cruz es la sabiduría de Dios que “destruirá la sabiduría de los sabios de este mundo” (1Co 1:18ss). Entre la sabiduría de Dios y la sabiduría del mundo hay una contradicción insuperable. **Lo que el hombre considera necesidad, Dios lo considera sabiduría, y viceversa.**

En su defensa contra todo esfuerzo de la teología de gloria de quitar la contradicción insalvable, Lutero, de una manera más profunda que lo que se ve en cualquier teólogo que haya vivido antes o después, sondeó la profundidad de esta contradicción. “Una teología de gloria llama lo malo bueno y lo bueno malo. Una teología de la cruz llama las cosas como realmente son” (*Tesis de Heidelberg*, 21 LW 31:41). **Lo que una persona considera bueno puede ser pecado a los ojos de Dios**, como por ejemplo cuando uno, bajo la influencia de la ética aristotélica se esfuerza en llegar a la virtud. **Lo que la sabiduría humana considera buena fortuna, y por esto se esfuerza en obtenerla, por ejemplo, la salud, el éxito y la acumulación, puede ser que Dios en su sabiduría la considere dañina.** Como resultado, se la niega a la persona que los busca. En la determinación de Dios, la enfermedad, el fracaso y la pobreza puede ser mucho mejor. Y **Dios no se equivoca en sus decisiones, aunque lo que hace parezca contradecir la razón humana.** Nosotros no vemos que se logre ningún bien cuando un enfermo pasa años en la cama con una enfermedad incurable y luego va muriendo lentamente y con mucho dolor. Pero puede ser que Dios vea algo muy bueno en un destino que no parece tener ningún significado. “Cuando Dios vivifica, lo hace al matar: cuando justifica, lo hace al convertir a los hombres en culpables; cuando exalta a uno hasta el cielo, lo hace bajándolo al infierno”, dice Lutero en *De Servo Arbitrio*, al hablar del trato que Dios tiene con nosotros y de aquello que nuestra razón no puede comprender (WA 18,633; LW 33:62).

“Al matar, vivifica” (*occidendo vivificat*): Bajo la cruz de Cristo aprendemos a creer esto. Allí nuestros ojos ven solamente el sufrimiento, la debilidad, la agonía de ser abandonado por Dios, la vergüenza, el mal que aplasta con su triunfo, y la victoria de la muerte. Pero, para la fe todo esto es lo visible, lo que Dios deja que veamos (*visibilia Dei*). Profundamente oculto en todo esto está el gran acontecimiento de la reconciliación entre Dios y el hombre, la victoria del redentor del mundo. Es necesario creer en esto contra todas las apariencias y contra la pregunta de la razón que duda: “¿Cómo es posible?”

8. Aunque no hemos agotado todo el contenido del pensamiento de Lutero, estos son los contornos básicos de su teología de la cruz. Pero, lo que se ha dicho tal vez sea suficiente para que nos anime a sumergirnos nuevamente en los pensamientos básicos de la teología luterana. Esta teología tiene mucho que decirnos a nosotros que vivimos en un contexto en que muchas de las ilusiones del mundo, y también las del mundo cristiano, se van desmoronando. **Muchos dicen que el mensaje cristiano es anticuado y lo que se predica en la iglesia no impresiona a nadie.** Hay algo de verdad en todo esto. Pero, ¿qué ha sucedido con las varias teologías que gozaban de popularidad al principio de este siglo, teologías que tenían acogida en las iglesias y fueron predicadas como si fueran el evangelio? Todo esto sí es anticuado ahora. Es la teología de la gloria en todas sus formas, y cada agrupación confesional de cristianos ha desarrollado su propia versión de esta teología. Pero Dios ha confundido todo esto en el curso de la historia del mundo por medio de sus juicios que también caen sobre la iglesia.

Piénsese por un momento en los mensajes que han salido de las grandes conferencias y las organizaciones desde el principio del siglo. Piénsese en la manera en que Dios ha juzgado estas grandes proclamaciones inspiradas por la teología de la gloria que parecen no tener límites. Han anunciado la “evangelización del mundo en esta generación” y también diversas formas del “siglo de la iglesia”. Ninguna agrupación confesional se escapa de este juicio. **Dios mismo nos ha enviado a la dura escuela de la cruz.** Se puede aprender la teología de la cruz “al morir” (*moriendo*) como dice Lutero, en los campos de batalla, en los campos de los prisioneros de guerra, bajo el granizo de las bombas y entre los destrozados y enfermos. Las ilusiones sobre el mundo y sobre el hombre, sobre la felicidad que se construye, sobre todo esto, se

han esfumado. Para aquellos cuyas ilusiones se han destrozado, el mensaje de la cruz puede ser una noticia profundamente buena.

Si es que vamos a escaparnos de los peligros presentados por la teología de la gloria, todo lo que pensamos y hacemos en la iglesia tiene que ser limpiado y purificado por la teología de la cruz. Como es verdad que “la iglesia queda oculta, los santos quedan incógnitos” (LW 33:89), así también su vida interior esta “oculta bajo la cruz”. Como la iglesia de Cristo esta oculta, así también es la justicia y la santidad de los creyentes. La manera en que Dios obra en los medios de gracia queda oculta. La Palabra de Dios queda oculta bajo las palabras humanas de las Escrituras y su proclamación. En la Santa Cena el cuerpo y la sangre de Cristo están escondidos bajo los elementos terrenales. Pero como siempre este estado de estar oculto es lo oculto de su verdadera presencia. La cruz de Cristo no es sencillamente una señal, sino una realidad, porque el crucificado no es sencillamente un cuadro de Dios, sino que es Dios mismo, Dios encarnado, el Dios revelado en lo oculto de su verdadera humanidad.

Ahora, la prédica de la cruz sólo despertará la fe si la gente se da cuenta de que no se está proclamando algunos principios teóricos a los que hemos llegado durante un choque de varias cosmovisiones. La teología de la cruz nunca es ninguna filosofía cristiana, como la es la teología de la gloria. Uno no puede pararse frente al crucificado como un observador objetivo y dar un juicio acerca de él. Más bien, él es aquel que me juzga a mí, me condena y me libra de culpa.

Aquí se encuentra la razón por la que la teología de la cruz tiene un lado fuertemente práctico. Creer en la cruz siempre significa cargar con la cruz. Un “sí” a la cruz de Cristo es también un “sí” a mi propia cruz. Si no es así, solamente estamos jugando. No es por nada que siempre que Jesús les habla a sus discípulos acerca de su cruz, también pensaba en la cruz que ellos iban a tener que cargar al seguirlo (Mt 16:21-24).

De acuerdo con Lutero (*Sobre los Concilios y la Iglesia*) “la santa posesión de la santa cruz” se encuentra entre las señales por las que uno puede reconocer la existencia de la iglesia, el pueblo de Dios: “Para a llegar a ser como su cabeza, Cristo, tienen que aguantar toda clase de desdicha y persecución, toda clase de tribulación y mal que proviene del diablo, del mundo y de la carne (como el Padrenuestro lo indica) con tristeza, timidez, temor, pobreza externa, menosprecio, enfermedad y debilidad” (WA 50:641s; LW 41:164). Los teólogos de la cruz deben ser los primeros en decir esto, porque ellos enseñan, juntamente con Lutero, que de esta manera “el Espíritu Santo no sólo santifica a su pueblo, sino que lo bendice” (LW 41:165).

¿Realmente guiamos a la congregación con nuestro “sí” a la cruz? Si no, entonces no somos teólogos en el sentido del que hablaba Lutero y debemos abandonar el nombre de “luterano”. El capítulo más difícil de toda la teología es aprender a decir este “sí” con un claro entendimiento de lo que abarca. Lo escuchamos en la explicación de Lutero de Ro 12:2: “Entonces, como la sabiduría de Dios queda oculta bajo una apariencia de tontería, y la verdad bajo la forma de la mentira (Es claro que Lutero se refiere bajo la forma de una afirmación que no nos parece la verdad) – así también la Palabra de Dios viene a nosotros con frecuencia de una manera contraria a nuestra propia manera de pensar, a lo que, en nuestra opinión es la verdad (Lutero quiere decir: La Palabra de Dios siempre viene de una manera que dice lo que es opuesto a nuestro espíritu, que piensa que su propio juicio es correcto)... así también la voluntad de Dios, aunque es verdadera y naturalmente «buena y aceptable y perfecta», sin embargo, queda tan oculta bajo el disfraz de lo malo, desagradable y desesperanzador, que para nuestra voluntad y buenas intenciones... no parece ser otra cosa sino lo malo y desesperanzador y de ninguna manera la voluntad de Dios, sino la del diablo” (WA 56:446; LW 24:438s). Esto quiere decir: como la sabiduría de Dios le parece tontería al hombre, como su verdad le parece una mentira, así también la buena, clemente y perfecta voluntad de Dios toma la forma de una voluntad que no tiene misericordia ni da esperanza. La voluntad de Dios verdaderamente parece ser la voluntad del diablo. Así de oculta queda.

Pero permanece así mientras que la persona se reusa a abandonar su propia voluntad y lo que él considera su buen propósito, junto con sus ideas de justicia, bondad y verdad. Cuando esto ocurre, entonces nos sucede a nosotros lo que le sucedió a Pedro, que iba a ser guiado donde no quería ir y que sin embargo tenía la voluntad de ser guiado porque era la manera “en que iba a glorificar a Dios” (Jn 21:18s)

Nuevamente Lutero, Conferencias sobre Romanos: “¡Es algo maravilloso!... Al mismo tiempo que (Pedro) tiene la voluntad y no la tiene. De esta manera Cristo en su agonía perfeccionó su «no tener la voluntad» (por decirlo así) con una voluntad ferviente. Porque Dios actúa de esta manera en todos sus santos, para hacer que ellos hagan de buena voluntad lo que realmente no quieren hacer.” Y Lutero agrega: “Los filósofos se maravillan frente a los contrarios, y los hombres no lo entienden. Entonces, dijo que una persona nunca captará esto hasta que aprenda a conocerlo por medio de la experiencia” (WA 56,447; LW 25:439).

Esta experiencia es la experiencia de la fe, la fe que no ve, que no entiende, la fe que Lutero atribuye a Abraham moribundo: “Cerró los ojos y se retiró dentro de las tinieblas de la fe. Allí encontró la luz eterna” (WA 42,655; LW 3:149).

Herman Sasse, “La Teología de la Cruz” [Carta a los pastores luteranos No 18, Jubilate 1951] en *Confesamos A Jesucristo* (Vol. 1).

Traducción del alemán al inglés: Norman Nagel

Traducción del inglés al castellano: Martin Teige

Corrección del texto castellano: Roberto Bustamante